

TEMA

60

DANIEL BENSARD*

Sobre el partido de vanguardia



Los orígenes de la noción de partido de vanguardia

Abordaremos esta cuestión desde un punto de vista histórico y a partir de los textos. No siempre será posible ir y venir como sería necesario entre estos textos y su contexto, más allá de las grandes referencias. Habrá pues que tener presente en la mente que detrás de la evolución de los términos del debate hay realidades. Entre la Liga de los Comunistas de 1848 y la I Internacional de 1864 hubo una fase de expansión económica, y un cambio en la realidad sociológica del movimiento obrero. Encontraremos evocaciones descriptivas a este respecto en los libros de D. Riazanov, F. Mehring, F. Claudín, M. Lowy. (1)

Así, las secciones de la Liga de los Comunistas son pequeños grupos (la cifra dada para Alemania en la correspondencia de Marx y Engels es de unos 400 afiliados) compuestos esencialmente por artesanos proletarizados: encuadernadores, grabadores... No es todavía el proletariado industrial moderno. A menudo se emplean las mismas palabras olvidando que detrás hay contenidos muy diferentes.

En las revoluciones de 1848 se trata en muchos casos de obreros de oficio, autodidactas, que trabajan en pequeñas unidades de producción. En 1864, el auge económico, el desarrollo de los ferrocarriles, las grandes obras de construcción en las capitales, las transformaciones tecnológicas, engendraron un proletariado industrial en la construcción, el textil, etc. La Comuna pone de manifiesto el papel de bisagra de los obreros artesanos y de los obreros de oficio de la industria, que tienen características similares.

1848 y la Liga de los Comunistas

La Liga de los Justos, que se convirtió en Liga de los Comunistas la víspera de las revoluciones de 1848, es una organización de origen y vocación internacional. En esta época, el marco de los Estados nacionales modernos no está fijado, y el proletariado de oficio circula mucho. Existe pues una trama de organización internacional en Bélgica, en Alemania, en Francia, en Gran Bretaña...

Basta remitirse a los artículos de los estatutos de la Liga de los Comunistas para darse cuenta de que no se trata de una organización vaga, de contornos imprecisos, sino por el contrario de una organización conspirativa y rigurosamente

delimitada, en la tradición de la conjuración de los Iguales o de la Sociedad de las Estaciones de Blanqui. (2)

Sería pues una simplificación oponer la imagen de un Lenin centralista y autoritario a la de un Marx liberal y algo espontaneísta. Los poderes dirigentes de la Liga de los Comunistas están por el contrario muy concentrados. Ello está unido a varias ideas:

- la concepción conspirativa heredada de la burguesía radical y del blanquismo;
- la convicción, por lo demás verificada por los hechos, de que la revolución es inminente. Los años cuarenta vienen marcados por una depresión y una putrefacción del capitalismo, que pone a la orden del día la revolución social.

En este contexto, pues, es en el que Marx y Engels redactan, a finales de 1847, el "Manifiesto Comunista". A menudo se ha citado este decisivo pasaje relativo al partido: «*Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros. No tienen intereses que los separen del conjunto del proletariado. No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario. Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.*

Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su

(*) Este texto forma parte del curso de formación que Daniel Bensard dio en la Escuela de Cuadros de la LCR francesa durante el año 1987. La versión completa ha sido editada por la editorial "La Brèche" en su colección Racines.

clara visión de las condiciones de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario» (Marx, Engels. "Obras escogidas". Tomo I. pág. 122. editorial Progreso. Moscú).

Merece la pena que nos detengamos en este pasaje. De él se desprenden tres ideas principales:

a) No es un partido distinto de los demás partidos obreros, ni profesa principios especiales con los cuales modelar al movimiento obrero. Este tema lo recogerá principalmente el joven Gramsci, vía Labriola, en una polémica contra el aparato reformista de la socialdemocracia italiana. (3)

b) En el seno de este movimiento se distingue por dos cosas: la defensa de los intereses internacionales y generales del proletariado más allá de las diferencias nacionales o sectoriales...

c) Su característica propia reside, pues, en su determinación y en su conciencia teórica, más que en la definición de un proyecto estratégico propio.

Hay en este enfoque una preocupación coyuntural: la de no separarse de la corriente cartista británica, que es la única corriente organizada y relativamente masiva, el único esbozo de partido obrero de masas. Se trata entonces no de oponer la Liga de los Comunistas al movimiento cartista, sino de definirla como una de sus componentes: un paso que anuncia el de la construcción de "partidos obreros de masas" cuya ala activa son los revolucionarios.

Pero evidentemente el "Manifiesto Comunista" va más allá de consideraciones tácticas y de circunstancias. Su enfoque está basado en una concepción que encontramos a lo largo de casi treinta años, hasta la disolución de la I Internacional tras la derrota de la Comuna de París. Así, en 1859, Marx escribe en una famosa carta a Freiligrath:

«...Te haré observar en primer lugar que después que la Liga fuese disuelta a petición mía en noviembre de 1852, no he pertenecido ni pertenezco a organización alguna, secreta o pública; dicho de otro modo, el partido, en el sentido efímero del término, dejó de existir para mí hace ocho años... Además, he intentado deshacer ese malentendido que hace que por "partido" se entienda una liga muerta desde hace diez años o una redacción de periódico disuelta desde hace doce. Cuando a pesar de todo hablo de partido, entiendo el término partido en su sentido amplio, histórico».

Esta actitud, esta preocupación por no quedar prisionero de un "partido efímero", presa del reflujo, se manifiesta

desde 1851, en el momento del proceso a los comunistas de Colonia. Engels insiste entonces a Marx para que se libere de lo que hacen los asnos del partido, y del «pretendido partido revolucionario mismo» convertido en el momento de la derrota en «un semillero de escándalos y de bajezas».

No se trata de una reacción de mal humor, teñida de elitismo. Tiene lugar entonces un debate sobre perspectivas. Los que se niegan a ver la realidad de la derrota buscan atajos. Marx les responde que no se puede forzar el curso de las cosas, que ha pasado una oportunidad, que ahora hay que reflexionar sobre la nueva fase de expansión capitalista que desmiente los pronósticos catastrofistas, para comprender sus raíces, después de la fase de descomposición de los años 40. El prevé y espera la nueva crisis, que estallará en 1857, y como reacción a la cual redacta febrilmente los "Grundrisse". De hecho, todo el período de elaboración de su "Crítica de la economía política", que culmina con la redacción del "Capital", coincide con este ciclo de expansión que va desde las revoluciones del 48 hasta los primeros años setenta.

Hay que aprovechar para masificar y extender la organización de la clase, en plena mutación a causa de las transformaciones económicas en curso, y no obsesionarse con la cuestión de la conquista inmediata del poder político cuando las condiciones para resolverla no existen. Efectivamente, en el reflujo de la ola revolucionaria, los pequeños círculos de algunos cientos de militantes empiezan a girar sobre sí mismos, con las consiguientes dudas, frustraciones, desgarros y batallas internas, sin posibilidad de someter los debates a la prueba seria de la práctica.

En esta situación se explica esa especie de vaivén que hay en los textos entre el partido "en sentido estricto" o "efímero" (la organización propiamente dicha) y el partido "en sentido amplio" o histórico, que no es otra cosa que el movimiento mismo de la clase obrera en la historia, el desarrollo de todas sus formas de organización, sindicales, cooperativas o políticas.

Para Marx y Engels, tras la disolución de la Liga de los Comunistas, decidida en noviembre de 1852, el partido en sentido efímero dejó completamente de existir como organización. Cuando el partido se asfixia, hay que tomar junto con la clase el gran viento de la historia. La misma actitud y argumentos análogos se encontrarán veinte años más tar-

de, en el momento de la disolución de la I Internacional.

No se reduce ésta, pues, al hecho de que el Marx de 1852 fuese "premarxista", que no hubiese elaborado aún las grandes categorías de su crítica de la economía política, que permiten comprender mejor las condiciones de explotación y de dominación del proletariado por la burguesía. Probablemente hay algo más profundo, que tiene que ver quizá con la idea que, por ejemplo, se forma Engels de la revolución como «fenómeno puramente natural» (carta a Marx de febrero de 1851).

En sus estudios sobre Marx y Engels, D. Riazanov, que es el marxólogo bolchevique más eminente, pone el acento sobre los estatutos de la Liga de los Comunistas para ver en ellos una brillante anticipación del leninismo. F. Mehring, en su biografía de Marx, o F. Claudin, en su libro sobre Marx y las revoluciones del 48, están desde luego más cerca de la realidad cuando insisten, por el contrario, en la diferencia entre Marx y Lenin sobre la concepción del partido y de sus relaciones con la clase.

La experiencia de la I Internacional

Efectivamente, volvemos a encontrar el mismo proceso a través de la experiencia de la I Internacional. No se trata aquí de entrar en una historia detallada. La perspectiva de un llamamiento a una reunión internacional se discute, desde 1864, a impulsos del movimiento obrero británico. Esta iniciativa responde al período de expansión de la clase obrera y de auge económico. En varios países, el proletariado se dota de organizaciones sindicales, de mutuas, de cooperativas...

Encontramos de nuevo su expresión en los estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores: «invitamos a las organizaciones de oficio, a las sociedades de ayuda mutua y otras asociaciones obreras, a adherirse colectivamente». La I Internacional aparece, pues, más bien como la reunión y la coronación de las organizaciones de la clase que como una Internacional de vanguardia.

Detrás hallamos la idea según la cual el partido es el movimiento de organización de la clase misma y el conjunto de los instrumentos de los que se dota en su combate.

Esta idea es en gran medida común a

los movimientos obreros del norte de Europa, donde casi siempre existe un vínculo orgánico entre partidos y sindicatos; mientras que el desarrollo paralelo de los partidos y de las organizaciones sindicales aparece más bien como una particularidad de ciertos países de Europa del sur. En efecto, en Gran Bretaña son los sindicatos los que dan origen al partido. El Alemania, será el partido el que impulse la organización sindical. Pero en ambos casos, el vínculo orgánico de afiliación colectiva y de co-tización de las organizaciones sindicales al partido aparece como algo natural.

Para la I Internacional, la gran experiencia será, pues, la guerra de 1870-71 y la Comuna de París, junto con las consecuencias de la derrota: la represión, las ejecuciones en masa, las deportaciones y el exilio. Es también la experiencia de los síntomas del chovinismo nacional durante la guerra: no puede decirse que haya habido una ola internacionalista vigorosa entre el proletariado inglés a favor de la Comuna... El legalismo empezaba a dejarse sentir.

La derrota, como siempre, tiene efectos disgregadores, y alimenta un doble movimiento de crisis. En medio del reflujo, la Internacional se contrae y se atasca en las polémicas entre Marx y Bakunin, que conducirán a la disolución de la Internacional. Engels la comentará más tarde en términos que recuerdan a la disolución de la Liga de los Comunistas.

«A fin de cuentas, la Internacional sigue efectivamente subsistiendo. La vinculación entre los obreros revolucionarios de todos los países, en la medida en que pudiera ser eficaz, está ahí... y no veo cómo podría la unión de todos estos pequeños centros alrededor de un centro principal dar nueva fuerza al movimiento; ello no haría sino aumentar los roces. No obstante, cuando llegue el momento en que sea necesario reunir las fuerzas, por todas estas razones, hará falta una larga preparación». Sigue recomendando que se evite "estropear", echar a perder el efecto para el porvenir reconstituyendo prematuramente una "Internacional oficial", que no podría limitarse a ser en lo sucesivo una mera sociedad de propaganda (carta a Ph. Becker, 10/2/82).

La oposición entre el partido efímero y el partido histórico se reproduce aquí entre "la Internacional oficial" y "la Internacional de hecho". Como realidad social e histórica, la Internacional sigue, pues, existiendo, pese a estar formalmente disuelta. Los estatutos, el "cen-

tro", el consejo general son accesorios, secundarios frente a la existencia práctica en forma de redes, de contactos, de publicaciones. Esforzarse en mantener el marco formal, en este contexto de retroceso y desmoralización, aumentaría inútilmente las tensiones sin medio real de resolverlas.

Vale más, pues, mantener lazos vivos, y no "echar a perder" la idea de la Internacional, que renacerá tanto más fácilmente de sus cenizas cuando las condiciones hayan cambiado de nuevo...

Señalemos también, pues no se trata de una anécdota insignificante, que F. Mehring da otra razón para la disolución de la I Internacional tan importante como la del conflicto con Bakunin: *«Algunos, escribe, han emitido la hipótesis de que Marx se habría abstenido durante más tiempo aún de plantear la cuestión política (de la disolución) si la Comuna de París y la agitación de Bakunin no le hubieran obligado a ello. Esto es muy posible y hasta verosímil, pero... Olvidó ver que la tarea a la que se enfrentaba no podía resolverse en el marco de las estructuras de la Internacional, y que cuanto más reunía ésta sus fuerzas para luchar contra sus enemigos exteriores, más se desmenuzaba en el plano interno... Había que estar ciego par ver en la sección alemana sólo "una vulgar banda vendida a la policía" (la expresión es de Marx): allí donde se creaba un partido nacional, la Internacional se dislocaba».* (K. Marx, p. 533/34, Ed. Sociales). Primer episodio de un arduo problema: el de las relaciones entre una Internacional y sus secciones, desde el momento en que éstas adquieren una realidad nacional efectiva...

Partido, clase y estrategia

Ya hemos citado a Engels cuando define la revolución como *«un fenómeno puramente natural gobernado por leyes físicas».* Dice esto en 1851, en una situación de retroceso, para polemizar contra un voluntarismo fuera de lugar. Podríamos extraer de ello la conclusión que la revolución viene necesariamente a su hora, y que no sirve de nada forzar su curso.

Las nociones de causalidad y de "ley histórica" en Marx y Engels dejan un margen bastante amplio a la interpretación. Oscilan a veces entre una acepción determinista, influida por la lectura de Darwin y el contexto científico de la

éoca, y una acepción dialéctica en la que la "ley", tendencial y ya no mecánica, determina posibilidades y no certidumbres. La introducción de Marx al primer libro del "Capital" proporciona un buen ejemplo de estas ambigüedades, al igual que el penúltimo capítulo(4). En la óptica expresada en la frase de Engels, de tono más mecanicista, el partido como factor consciente y activo se encuentra lógicamente relativizado. La conciencia de clase interviene como producto natural del desarrollo histórico. Recordemos de nuevo que en 1851 nos encontramos en el umbral de una fase de expansión que va a originar un auge y una transformación importante del proletariado industrial. Todavía no es sino el principio de una nueva organización del trabajo caracterizada por la concentración de la mano de obra, la acentuación de la división del trabajo, los inicios del trabajo en cadena.

Estas mutaciones pueden perfectamente alimentar la idea de que se desarrolla un proletariado que no tiene mucho que ver con los artesanos de 1848, y que su crecimiento orgánico irá de la mano de un progreso de la historia.

Semejante visión sugiere una adecuación al menos tendencial entre la clase que madura, el partido que expresa su progresiva toma de conciencia, y posteriormente el Estado que surgirá de la revolución victoriosa. Ciertas corrientes maoístas lo han llevado además hasta la caricatura con su fórmula: "una clase, un partido, un Estado".

Hay lugar, pues, para una interpretación posible según la cual la clase, y cada clase, desarrolla su partido, como expresión consciente de sus intereses; según la cual, por consiguiente, el partido corresponde a la clase. Encontramos también en Marx pistas diferentes, si no opuestas. Tenemos particularmente el famoso pasaje de la "Crítica del programa de Gotha" sobre el tema "un paso adelante vale más que diez programas...". De él se da a menudo una explicación muy unilateral, contra el sectarismo programático y a favor de una especie de activismo pragmático. Esto roza el contrasentido.

En realidad, todo este texto es una virulenta polémica contra la corriente lassaliana, y en particular contra sus concepciones estatualistas. Marx denuncia enconadamente todo aquello que pueda estimular la confianza o las ilusiones con respecto al Estado. Expresa las más vivas reticencias contra las condiciones de la unificación de los socialistas alemanes. El fondo de su razonamiento es

que más valdría una buena unidad de acción que una mala unidad programática; que más valdría marchar juntos manteniendo partidos distintos.

En suma, se trataría de un esbozo de discurso de frente único, que implica necesariamente la idea de un partido revolucionario rigurosamente delimitado, así como la pluralidad de las organizaciones que se reclaman de la clase obrera: vale más la unidad de acción que la confusión. El partido debe delimitarse porque puede haber contradicciones entre la expresión auténtica y la expresión desviada de la clase.

Si empiezan a aparecer "verdaderos" y "falsos" partidos de la clase, esto plantea un problema tremendo (sobre el que aún no hemos terminado de charlar en tertulias y congresos...), y abre nuevos horizontes.

La concepción, en definitiva bastante corriente en la II Internacional, según la cual "el partido es la clase", puede llevar a conclusiones organizativas diametralmente opuestas.

O bien la interpretamos en sentido de que el "partido histórico" se reduce al "partido efímero"; y en este caso fuera del partido no hay salvación: solamente el basurero de la historia y el mundo glauco de la traición. Es la versión estalinista.

O bien, por el contrario, se considera que el verdadero partido, el "histórico", es el movimiento mismo de la clase en su conjunto; y en este caso, siempre hay una legitimidad de la clase que predomina sobre la del partido "efímero". Siempre se puede apelar a la clase contra los fallos de este partido. Es sin lugar a dudas la visión que a menudo tienen Marx y Engels.

Las consecuencias prácticas de esto, que están en las antípodas de la imagen comúnmente recibida del "bolchevismo organizativo", las encontramos en la correspondencia entre ambos. Así, en una discusión a propósito de la publicación de una revista teórica, se niegan categóricamente a que sea puesta bajo la autoridad de las instancias del partido, pues "no hay foro democrático para los trabajos científicos...". Dicho de otro modo, ni hablar de que el partido resuelva en materia teórica y científica sobre temas que exceden sus competencias políticas, porque dependen de los grandes desarrollos históricos. El partido no podría pretender legislar sobre fenómenos históricos que superan incluso el horizonte de la sociedad burguesa. Por razones análogas se pronunciará Trotsky a favor de la "libertad total para el arte". No se trata de una simple posición libe-

ral a favor de la libertad de creación, sino de una cuestión más básica.

Marx y Engels van más lejos aún, al negarse a escribir como redactores fijos en la prensa del partido alemán, respondiendo a la solicitud de que "ser redactores de un periódico que pertenece a un partido es un trabajo estéril..." Naturalmente, hay que situar estas posiciones en el contexto concreto de la socialdemocracia alemana, y de la desconfianza que Marx y Engels (ya entonces) alimentan hacia su dirección. Pero pese a ello estamos lejos de las posiciones de Lenin sobre la prensa del partido. Los dos colegas, en su correspondencia, llegan a sugerir que la dirección del partido tome la iniciativa de lanzar un periódico independiente del partido. Dicen que, ya que puede plantearse el problema, más vale anticiparse. Hay en ello un argumento de oportunidad. Pero hay más. Su concepción del periódico es la de un periódico de opinión, no la de una "plomada" de construcción. Esta concepción ilustra una cierta lógica organizativa, que por otro lado no excluye una clara firmeza cuando ellos mismos tienen la dirección del partido. Más allá de las posiciones coyunturales, permanece una cierta coherencia: el periódico mantiene con el partido unas relaciones más bien relajadas, porque uno se puede expresar en el periódico en nombre de la clase contra las direcciones efímeras del partido, cuando éstas pretenden modelar a la clase según sus principios particulares. En este filón halla el antiburocratismo de Rosa o del joven Gramsci una referencia histórica de la que nutrirse en nombre de los intereses generales de la clase, irreductibles a una interpretación particular sea ésta cual sea.

De Engels a la socialdemocracia clásica

No podemos, dentro de los límites de este informe, profundizar en todos los pormenores de estas discusiones. Habría que tener presente sin embargo que éstas se incluyen en "visiones del mundo" en gestación.

Así, hay ciertas ideas que aparecen desde K. Schapper (dirigente alemán de la Liga de los Comunistas emigrado en 1848) hasta K. Kautsky. Comparten un cierto culto a la ciencia en el sentido estricto del término, un cierto evolucionismo histórico y un cierto fetichismo del progreso, en una historia en la que Ciencia, Razón y Progreso caminan con el

mismo paso inexorable y en la misma dirección. Ya Blanqui había percibido el peligro que estos fetiches representaban para el pensamiento revolucionario, cuando la emprendió contra Augusto Comte y contra una empalagosa noción, determinista y anestésica, del progreso. G. Sorel tomará el relevo contra Durkheim y "las ilusiones del progreso". M. Benjamin, por último, lanzará un desesperado manifiesto contra esa tendencia a la degeneración del marxismo que se ha hecho común a la socialdemocracia y al estalinismo. (5)

Pues apenas cabe dudar que esta visión tranquilizadora del "sentido" único de la historia nutre un socialismo "intemporal", de acumulación paciente de fuerzas, de crecimiento del capital electoral, del que está ausente la noción misma de crisis revolucionaria.

Las posiciones estratégicas de Kautsky beben directamente de esta fuente adormecedora. Para él, el socialismo es ya una idea que va avanzando poco a poco. Basta evitar el doble escollo de las provocaciones y de la colaboración ministerial para avanzar paciente hacia el acceso al poder. El "camino del poder" está, pues, trazado como un agradable paseo que conduce al "desplazamiento de las fuerzas en el Estado", a la "conquista de los poderes públicos", a una redefinición de la dictadura del proletariado (Marx está todavía demasiado cerca como para poder librarse de él) como "una posición dominante en el Estado", o como "expresión de la hegemonía política del proletariado".

En esta óptica se inscribe su concepción del partido. Esta viene marcada por una desconfianza puntillosa hacia la espontaneidad de la clase, las explosiones repentinas y descontroladas, todo lo que pueda parecerse a una revancha de lo inconsciente sobre lo consciente, de las pulsiones oscuras sobre las luces de la Razón. Pues el partido, para Kautsky, es ante todo educador y pedagogo, depositario de una ciencia. Lo cual se resume bastante bien en la frase citada por Lenin en "¿Qué hacer?": *«el socialismo y la lucha de clases surgen paralelamente y no se engendran el uno al otro; surgen de premisas diferentes. La conciencia socialista de hoy sólo puede surgir sobre la base de un profundo conocimiento científico... Ahora bien, el portador de la ciencia no es el proletariado, sino los intelectuales burgueses... La conciencia socialista es un elemento importado desde fuera a la lucha de clase del proletariado, y no algo que surja espontáneamente de ella...»* (comentario

sobre el programa, 1892). Merece la pena leer atentamente lo que dice Kautsky:

a) que el socialismo y la lucha de clases surgen paralelamente, luego el socialismo no es producto de la experiencia colectiva del movimiento obrero, sino una doctrina en sentido estricto, de origen intelectual.

b) que el socialismo y la lucha de clases están, pues, separados, siendo la conciencia socialista el producto "de un

profundo conocimiento científico", independientemente de la práctica;

c) que el vector privilegiado de esta conciencia de origen científico son los intelectuales, investidos de una misión pedagógica de transmisión de la conciencia socialista.(6)

Lenin cita a Kautsky. Se reclama vigorosamente de él. Y sin embargo, no dice exactamente lo mismo. Hay entre ellos una pequeña diferencia que tiene, como veremos, su importancia.



Lenin: ¿una revolución en la revolución?

Hablamos a menudo de "leninismo", a veces incluso a tontas y a locas. Tendemos, en efecto, a confundir la aportación específica de Lenin sobre la concepción del partido con el "leninismo" codificado y asimilado a la "bolchevización", al monolitismo, a partir de los informes de Zinoviev al V Congreso de la Internacional Comunista(7). En Lenin, la idea central y original con respecto a la II Internacional es el rechazo de la "confusión entre el partido y la clase", confusión que él califica como "desorganizadora".

La necesaria distinción entre el partido y la clase no cae del cielo. Se desprende de las grandes polémicas de las que emerge la socialdemocracia revolucionaria rusa: contra el populismo, contra el economicismo, contra el menchevismo. Sin embargo, sobre cuestiones de orientación fundamentales, como las alianzas, la defensa de las reivindicaciones propiamente obreras, el gobierno provisional, "economicistas" y mencheviques defienden a menudo posiciones más intransigentes en apariencia que las de los bolcheviques, más cercanas al "socialismo puro".

En realidad, esta intransigencia se deriva de una visión de la revolución antizarista como una revolución burguesa, una etapa necesaria e inevitable antes de pasar a las tareas propiamente socialistas. Esta defensa de la independencia de clase se asemeja a la de Kautsky: es la de un socialismo intemporal, que acumula pacientemente su madeja de fuerzas, sin comprometerse en el ejercicio de responsabilidades que no estarían a la orden del día. Estamos aún en una so-

ciudad retrógrada y semifeudal; en una sociedad tal no se puede tomar el poder sobre la base de los intereses de la clase obrera. La modernización democrática es, pues, una tarea dejada a la burguesía liberal.

El partido obrero, entonces, no tendría que ensuciarse las manos en este asunto. Se reserva para la etapa siguiente. Su tarea, mientras tanto, sería educar y organizar al proletariado en la lucha económica de todos los días.

La consecuencia práctica de ello es que la iniciativa de la lucha política se deja en manos de la burguesía. A una visión etapista de la revolución corresponde una visión etapista de la conciencia de clase: la lucha económica es la del proletariado en la edad del aprendizaje; sólo cuando haya crecido y madurado pasará directamente al terreno de la lucha política.

Así, en 1905, en el debate sobre el gobierno revolucionario provisional en caso de derrocamiento del zar, los mencheviques, considerándose ya la oposición de mañana, se negaban a considerar su participación en un gobierno revolucionario provisional. Lenin, por el contrario, afirmaba que en caso de sublevación popular victoriosa, el partido no podría sustraerse a las responsabilidades gubernamentales.

De ahí se derivan numerosos problemas políticos: crear una correlación de fuerzas, encontrar aliados, intervenir activamente en el terreno propiamente político, que no es la simple prolongación de la lucha económica en la fábrica. Es una pequeña revolución en la concepción misma de la actividad política.

De igual modo, en Francia, los marxistas "ortodoxos", obnubilados por la acumulación social de fuerzas, y oponiendo mecánicamente la independencia de clase a la táctica política, empezaron eludiendo el caso Dreyfus. Incluso Sorel, preocupado por evitar los meandros corrompedores de la política parlamentaria, se quedó indeciso. En cambio, Jaurés, como demócrata radical que era, percibió mejor lo que estaba en juego.

El problema es cómo puede la clase obrera hacerse cargo de un problema político para responder a cuestiones que son las del conjunto de la sociedad y superan la suma de las reivindicaciones políticas; cómo puede darse un salto en la conciencia política, y una actividad directamente política, con sus correlaciones de fuerzas.

Ahí es donde Lenin da muestras de una profunda originalidad. No es psicoanalista. Pero comprende perfectamente que las contradicciones económicas y sociales se expresan políticamente de manera deformada y transformada, "condensada y desplazada", y que la tarea del partido es descifrar en la vida política, incluso bajo los ángulos más insospechados, la forma en que se manifiestan las contradicciones profundas. Estas aparecen a menudo en un punto inesperado, que concentra y revela una crisis global latente: una revuelta universitaria, una protesta democrática, un incidente internacional. Es el papel propio del "acontecimiento político".

No es casualidad que hayamos utilizado tanto a Lenin en el 68 para comprender el alcance del movimiento estudiantil, contra el determinismo populista de los maofistas que sólo querían ver en ello una diversión pequeñoburguesa. La clave obrera es por supuesto determinante en última instancia. Pero la contradicción estalla donde menos se espera. Una lucha estudiantil puede ser el revelador o el catalizador de una crisis política. El partido revolucionario no es un partido de la lucha económica y de las reivindicaciones. Es en primer lugar un protagonista de la lucha política.

Por ello, para Lenin la imagen típica del militante revolucionario no es la del sindicalista combativo, sino la del "tribuno popular" que interviene "en todas las capas de la sociedad". Es ya una concepción sensiblemente diferente a la que prevalece en Kautsky en la II Internacional.

Es la misma cuestión que subyace al célebre debate de 1902 sobre los estatutos del POSDR (cf. "Un paso adelante, dos pasos atrás"). La definición rigurosa del miembro militante del partido no es

una cuestión formal o administrativa: aquél que se reconoce en el partido, le ayuda, simpatiza...; o aquél que pertenece a una instancia regular, cotiza, acepta sus estatutos...

Lo que se ventila en esta distinción es la delimitación del partido con respecto a la clase. Pues es precisamente la "forma partido" (como se dice hoy) la que permite a la clase intervenir en el campo político, actuar políticamente, no limitarse a sufrir los flujos y reflujos de la lucha de clases, atravesar las alzas y bajas con su proyecto propio.

He aquí lo esencial de la revolución leninista. Y si se quiere discutir de "leninismo", de ahí hay que partir. El resto, o se deriva de ello o es accesorio.

Es posible que en esa época esta visión estratégica se haya visto forzada o acentuada por las condiciones conspirativas. Por lo demás, muy pronto, desde el prefacio a la recopilación de artículos titulados "Doce años", es corregida a la luz de la experiencia de 1905. Lenin insiste en ella sobre el hecho de que este partido delimitado vive desde entonces en diálogo y relación permanentes con los desarrollos de la conciencia de clase, las aportaciones de sus experiencias, y en este caso concreto, la de los soviets. Hay un movimiento de intercambio permanente entre el partido y las experiencias acumuladas de la clase.

Ahora bien, la concepción de Lenin es mucho más compleja y matizada que la expresada en "Qué hacer", o en "Un paso adelante..." Estos textos datan de antes de 1905, y por supuesto de antes de 1914. Si se hubiera tratado de una posición ya madurada y sistemática, parece que Lenin habría adoptado una actitud diferente mucho antes en los debates internos de la II Internacional. Más bien se trata todavía de una semirruptura con la ortodoxia dominante que se apoya sobre las especificidades rusas, sin desarrollar los elementos universalizables de su razonamiento.

No faltan ejemplos en los que Lenin no dudó en entrar en conflicto con las autoridades de la Internacional. Puede suponerse que si hubiera medido el alcance de los litigios y lo que en ellos se ventilaba, habría defendido su posición mucho antes, y no se habría visto tan sorprendido por la capitulación chovinista de la socialdemocracia europea en agosto del 14.

Parece en realidad que su problemática se sistematiza a partir de 1914, de los textos sobre el imperialismo y sobre el fracaso de la II Internacional, de los cuadernos sobre Hegel, de los debates sobre el Estado. Se clarifica aún más con

la Revolución rusa, aunque no totalmente. Todo esto es normal desde el momento en que se considera su obra como un combate político, en evolución, y no como un sistema cerrado.

El partido no es, pues, una forma organizativa entre otras, sindicales o asociativas; es la forma bajo la cual la clase se asienta en la lucha propiamente política. Esta idea es coherente con la idea que Lenin se hace de la crisis revolucionaria como "crisis nacional" crisis general de las relaciones recíprocas entre todas las clases. Se trata de las contradicciones que se entrelazan en el conjunto de la sociedad, y no de un simple mano a mano entre patronos y asalariados.

Lo que escribe a este respecto, desde "Qué hacer", es muy claro: «...el conocimiento que la clase obrera pueda tener de sí misma está indisolublemente ligado a un conocimiento preciso de las relaciones recíprocas de todas las clases de la sociedad contemporánea, conocimiento no sólo teórico, digamos más bien menos teórico que basado en la experiencia de la vida política». Insistimos: a través de la experiencia de la vida política es como se adquiere este conocimiento de las relaciones recíprocas entre todas las clases.

El partido es el vector por excelencia de esta experiencia política. Por su mediación se establece la unidad de la estrategia y de la táctica, en un tiempo que ya no es el tiempo "homogéneo y vacío" de los progresos y de la paciencia electoral socialdemócrata, sino un tiempo pleno, nudoso, ritmado por la lucha, y entrecortado de crisis: «No podríamos representarnos la revolución misma bajo la forma de un único acto: la revolución será una sucesión rápida de explosiones más o menos violentas, alternadas con fases de calma más o menos profundas. Por ello la actividad esencial de nuestro partido, el hogar esencial de su actividad, debe ser un trabajo posible y necesario tanto en los períodos más violentos de explosión como en los de calma, es decir un trabajo de agitación política unificado para toda Rusia...»

El partido es, pues, el hilo conductor de la conciencia de la clase. Si prepara la revolución, para hacerla con las masas, debe reunir, más allá de la discontinuidad de las experiencias, lo que constituye su unidad estratégica. La historia, para él, no es la de la marcha triunfal de una "fuerza tranquila" cualquiera, sino un tejido de crisis, de conflictos y de fracturas.

El partido debe guiar tanto la retirada como la ofensiva. No tiene como función la de concluir un proceso natural y en lo

esencial espontáneo, como a veces sugiere Rosa Luxemburgo. Memoriza tanto los éxitos como las derrotas, interviene tanto en las explosiones como en los momentos de calma.

Es la idea misma de una estrategia, de una *lucha dirigida y ligada permanentemente al objetivo final*. Esto es nuevo. Es un enfoque que permite comprender la actitud del partido en las jornadas de julio de 1917: la participación en una acción que no ha querido, pero la aptitud para limitar sus efectos negativos, para asimilar sus lecciones, y recuperar finalmente la iniciativa. Sin partido revolucionario, una derrota más limitada, como la del 25 de noviembre de 1975 en Portugal, puede por el contrario hacerse acumulativa. La intervención del partido amortigua las fluctuaciones de la correlación de fuerzas.

Ya hemos indicado que, citando a Kautsky, Lenin dice, literalmente, otra cosa distinta que aquél. No dice que la "ciencia" venga "del exterior de la lucha de clases", sino que la "conciencia política" viene "del exterior de la lucha económica". La diferencia no es pequeña, pues deduce de ahí la conclusión que el portador de la conciencia política es el partido; mientras que Kautsky concluía que el portador de la ciencia, o de la conciencia socialista, son "los intelectuales burgueses".

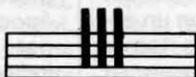
Esta concepción determina una serie de consecuencias prácticas. Ya hemos señalado la delimitación del partido respecto de la clase, la idea del militante como "tribuno popular". Hay que añadir la idea de "un periódico para toda Rusia", la célebre "plomada", que responde a la necesidad de "un trabajo de agitación política unificada para toda Rusia". Ya no se trata de un simple órgano de opinión, sino de un instrumento de orientación y de organización en el sentido pleno del término, en relación con un proyecto estratégico de conjunto.

La cuestión del "centralismo democrático" entra en este marco. La delimitación del partido con respecto a la clase implica efectivamente la selección de los militantes e, indisolublemente de lo anterior, una democracia que permita asimilar el conjunto de las experiencias del partido y corregir los errores. Inseparables la una de la otra, la democracia es útil para reflexionar y decidir, el centralismo lo es para actuar. Aquí se trata de necesidades generales que no se reducen a una u otra técnica organizativa. En un artículo de respuesta a Rosa Luxemburgo, titulado como el folleto "Un paso adelante, dos pasos atrás",

Lenin distingue explícitamente los "principios" del "sistema" de organización. Los principios están en relación con las condiciones generales de la lucha del proletariado bajo el capitalismo; el sistema puede variar con las condiciones po-

líticas, el tipo de régimen, la violencia de la represión...

El núcleo de su concepción es, en suma, la idea del partido de vanguardia, que rompe con las ideas dominantes de la II Internacional sobre este particular.



Rosa Luxemburgo y Trotsky: ¿en la tradición de la II Internacional?

Para poner de manifiesto la ruptura que representa el planteamiento de Lenin, es útil evocar brevemente las posiciones de Rosa y de Trotsky, que en lo esencial permanecen dentro de la tradición de la II Internacional.

En su respuesta, al "Qué hacer", Rosa escribe: de hecho, *«la socialdemocracia no está unida a la organización de la clase obrera, es el movimiento propio de la clase obrera»*. Aquí, la delimitación entre el partido y la clase se difumina. Como "movimiento propio de la clase", el partido reúne orgánicamente al conjunto de las organizaciones de las que se dota la clase, asociaciones o sindicatos.

A partir de ahí, el debate entre Lenin y Rosa se asemeja a menudo a un diálogo de sordos. El insiste en que el partido sepa utilizar para otros fines la disciplina del trabajo, duramente inculcada por el Capital. Ella denuncia (contra la burocracia socialdemócrata influyente ya en Alemania) los peligros de una disciplina que es ante todo una disciplina de "cuartel".

Al quedar prisionera de una visión que hace del partido una contrasociedad más que la agrupación voluntaria de una vanguardia, sólo ve remedio a la tendencia a la degeneración burocrática en la espontaneidad obrera, y no en la lucha organizada en el seno del propio partido. Es verdad que libra múltiples batallas, pero como polemista y militante: en cierto modo como expresión crítica, en el seno del partido, de los movimientos de la clase que entran en conflicto con la inercia y la rutina burocráticas. Cuenta sobre todo, en parte con razón, con las iniciativas y la inventiva de las masas. De ahí su entusiasmo por las huelgas de masas de 1905.

Pero ella no traduce este combate en una política permanente de agrupación de fuerzas, ni de construcción dentro del partido de una correlación de fuerzas en

torno a un proyecto. Anima redes de amistades y de influencia, sin cristalizar en una corriente centralizada que acumulara fuerzas al hilo de las batallas. Llega casi a teorizar una idea del partido cuya función activa se limitaría a desencadenar el proceso revolucionario. Al principio, poco podría hacer salvo educar al movimiento en dirección al objetivo final.

Se puede considerar que esta laguna se pagó muy cara. En el congreso constituyente de la Liga Espartaquista, en diciembre del 18, todas las cualidades de persuasión de Rosa no bastan para compensar la falta de tradición, de experiencias comunes y de homogeneidad adquiridas a lo largo del tiempo por un núcleo de vanguardia. La dejó en minoría una corriente izquierdista e impresionista, alimentada por la primera ola de la revolución alemana, sobre las principales cuestiones del momento: la táctica electoral, la cuestión sindical... Errores que influirán en el comportamiento del partido desde la crisis de enero de 1919, y facilitarán la represión que decapita entonces la dirección espartaquista.

La ausencia de marco de pensamiento, de proyecto, de memoria común (aunque el riesgo de división es inherente a todas las circunstancias críticas), en suma, de práctica común, se convierte en un obstáculo prácticamente insuperable en el momento en que habría que responder juntos a aceleraciones o giros bruscos de la situación.

A pesar de su fuerza, el joven partido comunista alemán no dejará de correr tras este retraso y en busca de una dirección. Independientemente del valor individual y la valentía de sus cuadros y de la energía desplegada, este handicap parece no haber sido nunca superado en el curso de la revolución. La ausencia previa de un núcleo organizado y agru-

pado no dejó de influir en las vacilaciones y los errores.

En cuanto a Trotsky, los términos de su respuesta a Lenin en "Nuestras tareas políticas", en 1902, son significativos. *«El marxismo enseña —escribe— que los intereses del proletariado vienen determinados por las condiciones objetivas de su existencia. Estos intereses son tan poderosos y tan inevitables que obligan finalmente al proletariado a hacerlos pasar a su campo de conciencia, es decir a hacer de la realización de sus intereses objetivos su interés subjetivo... La perspicacia táctica del partido del proletariado se sitúa por completo entre estos dos factores, y consiste en facilitar y acortar el camino entre una y otra»*. Hay en él una especie de determinismo estricto de los intereses objetivos. Es "inevitable", dice, que lo subjetivo termine uniéndose a lo objetivo. El partido es principalmente un vehículo de uno a otro, un mediador, y por consiguiente, ante todo un educador, como en Kautsky.

Dicho de otro modo, la fuerza de las cosas terminará llevando a la conciencia a alcanzar a la realidad. Resulta de ahí una forma de objetivismo sociológico, y como consecuencia, de resignación a la vocación minoritaria: *«Los elementos más conscientes, y por tanto más revolucionarios, estarán siempre en minoría en nuestro partido. Que admitamos esta situación y nos hagamos a ella sólo puede explicarse por la fe en el destino revolucionario de la clase obrera, o dicho de otro modo por nuestra fe en la recepción inevitable de las ideas revolucionarias como aquéllas que mejor convienen al movimiento histórico del proletariado. Lenin y sus partidarios no comprenderán las causas de su fracaso mientras no estén penetrados por la idea de que no se puede prescribir ni a la sociedad en su conjunto ni al partido las vías de su desarrollo. Se las puede únicamente deducir de las condiciones históricas dadas y prepararlas por medio de un trabajo crítico incansante»*.

Se trata de un texto del joven Trotsky, bastante representativo de lo que podríamos llamar fatalismo minoritario. Puesto que el partido refleja la conciencia de la clase en un momento de su desarrollo, los "elementos avanzados" son necesariamente minoritarios en el partido, mientras la clase no es consciente de sus intereses. Esta situación es aceptable sólo en virtud de un determinismo tranquilizador: la maduración del proletariado traerá consigo, a su debido tiempo, la maduración de la conciencia. Mientras tanto, las constantes batallas

internas, como las que libra Lenin, son inútiles y estériles. Esta concepción está en la raíz misma del "conciliacionismo" que con frecuencia se reprochó a Trotsky. Es el principal reproche que le hace Lenin en estos años (mucho más que sobre las grandes cuestiones teóricas, como el debate sobre la revolución permanente). También contra esta inclinación le pone el guardia Joffé en la carta testamento que redacta en 1927 la víspera de su suicidio. Es la principal autocrítica que el propio Trotsky asumirá posteriormente.

Pero no se trata de una cuestión de temperamento ni de psicología, sino de un problema eminentemente político. Si pensamos, en efecto, que la "recepción de las ideas revolucionarias" es al final "inevitable", y que el proletariado obedece a un "destino" revolucionario, las delimitaciones continuamente operadas por Lenin son obstáculos, pues las cosas deberían resolverse por sí mismas llegado el momento.

Los textos del joven Trotsky, sobre todo su célebre descripción de un sustitución en cadena (el partido sustituye a la clase, el comité central al partido, el secretario general al comité central...), se leen a menudo en nuestra tradición como muestras de una gran lucidez histórica y de su superioridad sobre Lenin(12). Pero más bien se trataría de una inferioridad política.

En efecto, ¿qué fue lo que hizo posible la victoria de octubre de 1917?. En ciertos aspectos, Trotsky tenía una visión más justa que Lenin de la dinámica histórica de la revolución, de su transformación de revolución democrática en revolución socialista. Lenin no evolucionó sino progresivamente sobre este punto. Sus trabajos entre 1914 y 1917 le preparan para ello. Pero solamente en las "Tesis de abril" (1917) da el paso, para gran sorpresa, por lo demás, de la mayoría de los "viejos bolcheviques" que continúan por la inercia de las posiciones anteriores.

La existencia de un partido delimitado permite corregir en caliente una hipótesis deficiente, reorientar la acción, convencer a militantes y cuadros unidos por una práctica común sin quebrar su cohesión. Una visión teórica más justa, pero sin partido, está abocada a la impotencia.

No se trata, pues, de una cuestión de técnica organizativa. No se trata de un fetichismo de la organización por la organización, del tipo "dadme un partido y moveré montañas", sea cual sea su línea... No todos los reajustes son posibles. Dependen de la manera en que

este partido ha sido construido y sus miembros y direcciones educados, y de para qué se haya preparado. Es lo que le permite girar en una prueba, y arrastrar a la gran mayoría de sus militantes, aún dividiéndose parcialmente.

Estas divisiones ante unas nuevas condiciones de la lucha de clases entran, en efecto, dentro de lo normal en un organismo vivo. Cuando hay que tomar decisiones importantes, dar un paso, se sale del dominio de la ciencia para entrar en cierto modo en el del "arte". El factor tiempo se vuelve entonces decisivo. Además Lenin tiene la obsesión del tiempo, del momento propicio que no hay que dejar escapar; ni demasiado pronto, ni demasiado tarde... La política es en buena medida un dominio del tiempo. En estos momentos cruciales, los días cuentan. No se puede alcanzar al día siguiente lo que no se ha hecho la víspera. Ahí la cohesión del partido, su confianza en sí mismo, condición de todas las audacias, pueden ser decisivas.

Tomemos el caso extremo: el de las decisiones militares. Los soviets o los consejos deciden sobre la insurrección. No es algo formal: la legitimidad misma de una revolución puede verse en tela de juicio. Pero si en una situación tal, el mismo partido que propone vacila, la vacilación no puede sino amplificarse y convertirse en parálisis. Por el contrario, su propia convicción puede barrer bastantes obstáculos.

La dirección bolchevique se dividió en cada momento decisivo: en el momento del regreso de Lenin sobre las "Tesis de abril"; en el momento de las jornadas de julio, sobre la decisión misma de la insurrección de octubre. Entonces, o caemos en la leyenda, y contamos que Lenin siempre terminaba llevando razón porque era de una astucia genial, el más fuerte, etc; o bien invocamos las leyes inexorables de la historia, para decir que lo que pasó no podía dejar de pasar... pero en ese caso, ya no hace falta el partido: para eso mejor dejar hacer al destino...

O bien nos quedamos en el terreno del materialismo: a pesar de las fracturas existía entre algunos miles de cuadros del partido una experiencia y una educación comunes, y un vínculo con las masas que permitía comprender, asimilar, retomar y amplificar brutales reorientaciones.

Lenin no era un hombre solo. Podía apoyarse en ciertas adquisiciones y tradiciones del partido sobre una parte de sus cuadros para vencer las resistencias y convencer. Esto es el resultado de un trabajo de larga duración. Precisamente

lo que no existía, ni siquiera bajo formas diferentes, en Alemania.

Lo que hace posible la victoria de Octubre no es, pues, una inspiración genial, ni una "técnica del golpe de Estado", ni siquiera una "disciplina de hierro" del partido. Sobre esto hay mitos tenaces, probablemente forjados después, en la época de la codificación del "leninismo" por Zinoviev. Numerosos testimonios indican más bien un partido menchevique mejor organizado que el bolchevique durante los años de la guerra, tan obrero como el otro, y más "maduro".

La cuestión clave era la de la educación, la de la continuidad política, organizativa y directiva, de todo lo acumulado en cerca de veinte años de combates, y que permite al partido reaccionar ante la crisis revolucionaria sin dislocarse. Pues ahí está la cuestión vital: la capacidad de girar en caliente sin volar en pedazos.

Dos observaciones para terminar sobre esta cuestión.

La primera ilustra la evolución de una concepción, su carácter inacabado, contrariamente a los clichés habituales sobre el "modelo leninista".

En las discusiones en el seno de la II Internacional, en 1907, Lenin defiende, contra la *Carta de Amiens* y el pluralismo sindical, la unidad orgánica entre el sindicato y el partido. No inventa al hacer esto una teoría de la "correa de transmisión". Por el contrario, se sitúa plenamente dentro de la tradición que prevalece en Inglaterra, en Alemania, en Europa del Norte, mientras que la independencia del sindicato con respecto a los partidos es una idea "latina".

En este debate, Plejánov y Bebel tienen una posición diferente. Plejánov argumenta que existen once partidos revolucionarios en Rusia (a causa de las divisiones y de la existencia de "partidos nacionales"). La vinculación del sindicato al partido significaría, pues, una fragmentación del movimiento sindical correspondiente a la de los partidos. Lenin responde que esto es positivamente falso, y que en el peor de los casos, considerando la cuestión nacionalidad por nacionalidad, habría dos. Provisionalmente...

Pues, si esto es así, significa que la historia todavía no ha dado un veredicto. Tras las pruebas decisivas, no quedaría más que un partido. Ahí está el problema. Lenin considera que al final no habrá más que un partido único de la clase. Los demás partidos que se proclaman obreros resultarán ser necesariamente cuerpos extraños, no sólo políticamente, sino también socialmente:

agentes de la burguesía en el movimiento obrero, representantes de la aristocracia obrera...

Tiende así a confundir el hecho de que la revolución seleccione al único partido verdaderamente revolucionario, con el hecho de que se trate también del único partido obrero auténtico. En este caso, más allá incluso de la cuestión sindical, apenas habría cabida para una vía de frente único. Por fortuna, la práctica de Lenin es a menudo más suave y realista que algunas de sus teorías.

La segunda observación es que hay una desviación entre las posiciones reales de Lenin y lo que será el "leninismo" codificado por Zinoviev en el V Congreso de la IC. En las resoluciones del I Congreso de la IC encontramos una presentación de las organizaciones obreras por orden de importancia: primero el partido, luego los soviets, luego los sindicatos. Se puede deducir de ello que se considera a los órganos soviéticos como una especie de organización de masas coronada por el partido, un poco al mismo nivel que los sindicatos, y no un órgano de poder unitario y soberano, dentro del cual el partido es una fuerza de proposición.

Sería absurdo ver en esta subordinación eventual de los soviets al partido (la realidad era más compleja) un efecto del "bolchevismo". Es, por el contrario, una visión conforme a la herencia de la II Internacional y de Kautsky, para quien el partido, cumbre de la conciencia, corona todo el edificio de las organizaciones obreras.

Paradójicamente, acaso sea Lenin el más preparado para concebir el pluralismo político en los sindicatos y en los soviets después de la toma del poder, en virtud de su idea del partido de vanguardia: desde el momento en que el partido ya no forma cuerpo con la clase y que está delimitado con respecto a la misma, hay sitio para varios partidos. Ya no hay correspondencia punto por punto entre la clase, el partido y el Estado.

Es, pues, probablemente, el más cercano a la idea de pluralismo. Se puede ver una muestra de ello en las tesis que defiende sobre la cuestión sindical en la URSS. En ellas sostiene la independencia de los sindicatos con respecto al Estado y al partido, pues no existe a sus ojos armonía natural entre la clase y su Estado.

Si quisiéramos llegar más lejos, podríamos preguntarnos aún si esto no está relacionado más profundamente con su concepción concreta de la lucha política y de su especificidad, en las antipodas de un determinismo sociológico

(que Trotsky no siempre evita), de un mesianismo proletario y de un evolucionismo mecanicista...

Pero en Trotsky, tras la Revolución rusa, hay una auténtica revolución de fondo. Cuando a veces vuelve sobre sus posiciones de juventud, no dice nunca que se haya equivocado sobre la teoría de la revolución permanente, ni que sea ésta la principal disputa que haya tenido con Lenin. Ya hemos destacado que el verdadero problema es su "conciliacionismo" y el determinismo histórico a él subyacente.

Esta visión, en el Trotsky de los años 30, está verdaderamente superada. Lo atestigua el conjunto de sus escritos(14). Bastaría para convencerse de ello remitirse más concretamente a un texto como "Clase, partido y dirección", que responde a la derrota de la revolución española.

¿Tiene una clase el partido y la dirección que merece, y que expresan y reflejan fielmente su nivel de conciencia? ¿O, por el contrario, una dirección es un agente manipulador, exterior a la clase? Viejas preguntas.

Trotsky parte por el contrario de la permanente contradicción entre los movimientos de la clase y sus representaciones políticas. Las organizaciones son siempre expresión de una realidad que no representan sino conflictivamente, a costa de contradicciones y tensiones permanentes. Sobre estas contradicciones es posible apoyarse para modificar la correlación de fuerzas y avanzar hacia la resolución del problema del poder.

Hay, pues, una autonomía relativa de la lucha política y sus agentes.

Desde el punto de vista internacional, sólo a la luz de esta evolución pueden entenderse las posiciones defendidas por Trotsky sobre la fundación de la IV Internacional entre 1933 y 1938. Este combate sería inconcebible sin una adhesión de fondo a las concepciones leninistas.

El joven Trotsky podría haber dicho, como Engels, que la IV Internacional existe en los hechos, en forma de boletines y de redes de militantes, y que de nada sirve arriesgarse a echar a perder la idea proclamándola. Por lo demás, es casi palabra por palabra la argumentación de Hirsch Mendel y de la delegación polaca al congreso de fundación de septiembre de 1938.

Para el Trotsky de 1938, resueltamente leninista, la delimitación de la vanguardia es una necesidad incluso en el reflujo y en la derrota, y acaso más que nunca. La IV Internacional nacerá, pues, de la derrota, a diferencia de las

precedentes. Y cuando Trotsky sostiene que "el partido es el programa" entiende necesariamente por tal la delimitación no sola ni principalmente organizativa sino también política; aquella que permite comprender los enigmas más complejos de la historia, resistir a la desmoralización, no sucumbir a la irracionalidad aparente y la monstruosidad del nazismo y de los procesos estalinistas.

NOTAS

(1). David Riazanov, Marx-Engels et l'histoire du mouvement ouvrier (resumen del curso dado en 1923 en la Academia Comunista de Moscú); Franz Mehring, Carlos Marx (Grijalbo) Fernando Claudín, Marx, Engels y la revolución de 1848 (Siglo XXI); Michael Löwy, La teoría de la revolución en el joven Marx (Siglo XXI).

(2). Véase el Blanqui de Dommanget (EDI); Fhipippe Buonarroti et les révolutionnaires du XIXe siècle, de Alessandro Galante Garrone (ed. Champ Libre; Ecrits sur la Révolution, Blanqui (ed. Galilée); Instructions pour une prise d'armes, Blanqui (ed., Futur Antérieur).

(3). Véase sobre todo el texto de Gramsci, El partido y la revolución (Ordine Nuovo, 27/12/1919). Gramsci, bajo el impacto de la revolución alemana y del comportamiento de la socialdemocracia mayoritaria, pone fuertemente el acento en la espontaneidad obrera contra la jerarquía burocrática del partido. Parece no obstante razonar en el marco de un partido socialista de masas más que en un partido de vanguardia: «El partido Socialista es indudablemente el principal agente de este proceso de disgregación y de reestructuración; pero no es, y es inconcebible que pueda serlo, la forma misma de este proceso (...). La socialdemocracia germánica (entendida en su conjunto de movimiento sindical y político) ha realizado la paradoja de plegar mediante la violencia el proceso de la revolución proletaria alemana a las formas de su organización, y ha creído así dominar la historia. Ha creado sus consejos autoritariamente, con una mayoría segura elegida entre los suyos: ha puesto obstáculos a la revolución, la ha domesticado (...).

He aquí que el partido —ya no se trata aquí del partido germánico sino del partido socialista regenerado por el que clama Gramsci— está identificando así con la conciencia histórica de las masas populares y gobernando su movimiento espontáneo e irresistible; ésta es una forma de gobernar incorpórea; se ejerce a través de millones de vínculos espirituales, es un resplandor de prestigio que sólo puede convertirse en gobierno efectivo a favor de los momentos de paroxismo; un llamamiento a bajar a la calle, el despliegue de las fuerzas militantes, dispuestas a rechazar con su cuerpo un peligro, dispuestas a

dispersar las nubes de la violencia reaccionaria(...).

El partido sigue siendo la jerarquía superior de este irresistible movimiento de masas. El partido ejerce la más eficaz de las dictaduras, al que nace del prestigio, la que supone la aceptación consciente y espontánea de una autoridad que se reconoce indispensable para el éxito de la obra emprendida. ¡Cuidado con intentar materializar, por una concepción sectaria del papel del partido en la revolución, esta jerarquía, con pretender fijar en las formas mecánicas del poder inmediato el aparato de gobierno de las masas en movimiento, con pretender plegar el proceso revolucionario a las formas del partido! Pues se conseguirá arrastrar a una parte de los hombres, se conseguirá "dominar" la historia, pero el verdadero proceso revolucionario escapará del control y de la influencia del partido, convertido a su pesar en un organismo conservador».

(4). *Es el complejo problema de las relaciones entre "ley natural" y "ley histórica en Marx". En el prefacio a la primera edición del libro I del Capital, define el objeto "científico" de su trabajo: «En sí, y para sí, no se trata aquí del mayor o menor grado alcanzado, en su desarrollo, por los antagonismos sociales que resultan de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de estas leyes*

mismas, de esas tendencias que operan y se imponen con férrea necesidad. El país industrialmente más desarrollado no hace sino mostrar al menos desarrollado la imagen de su propio futuro» (vol.1, pág.7, Siglo XXI).

«El modo capitalista de producción y de apropiación y, por tanto, la *propiedad privada capitalista*, es la *primera negación de la propiedad privada individual, fundada en el trabajo propio*. La negación de la producción capitalista se produce por sí misma, con la necesidad de un proceso natural. Es la *negación de la negación*. Esta restaura la *propiedad individual*, pero sobre el fundamento de la conquista alcanzada por la era capitalista: la *cooperación de trabajadores libres* y su *propiedad colectiva sobre la tierra y sobre los medios de producción producidos por el trabajo mismo*». (vol.3, págs. 953-954. Siglo XXI).

(5). *Blanqui y Sorel percibieron el peligro de contaminación del movimiento obrero por el positivismo sociológico, el primero en su brillante "ejecución" de A.Comte, el segundo en sus polémicas contra Durckheim. Los dos desconfían tanto de la idea desmovilizadora de un progreso mecánico, como de una marcha triunfal de la historia.*

(6). *Tanto en Las ilusiones del Progreso como en los Materiales para una teoría del proletariado, G.Sorel manifiesta en oposición a*

Kautsky una desconfianza extrema hacia los intelectuales, percibidos como los agentes corruptores del proletariado en el sistema parlamentario: «Los intelectuales tienen intereses profesionales, y no intereses de clase generales: estos intereses profesionales se verían lesionados por la revolución proletaria. (...) La verdadera vocación de los intelectuales es la explotación de la política». (Matériaux, ed.Slatkine, p.96/97).

(7). *"La Internacional Comunista debe ser un monolito... La bolchevización es la formación de una organización centralizada, monolítica, fuertemente coherente..." (Conclusión de Zinoviev al debate de orientación general del V Congreso de la IC, ed. Pasado y Presente, p.208).*

Fe de errores

En el tema del n° 57, "Marxismo y religión" de Michael Lowy, al final del primer párrafo de la página V, donde dice «explotado: el "proletariado"», debe decir «explotado: el "pobretariado"». Asimismo, en la introducción al tema del n° 59, "La esclavitud y las mujeres" hay numerosos errores, aunque no plantean problemas de comprensión del texto. Pedimos disculpas por ellos.